

EL GENERAL

EDUARDO SAAVEDRA ROJAS

El 29 de julio recién pasado falleció en Santiago el General (R.) Don Eduardo Saavedra Rojas, lo que dio motivo a una sentida manifestación de pesar. A nombre del Instituto de Conmemoración Histórica de Chile, del cual era miembro académico de número, despidió los restos el historiador don Oscar Espinoza Moraga, quien habló en los siguientes términos:

“Provenía de esa recia estirpe de forjadores de nacionalidades que se confunden con la vida misma del país. Uno de ellos, el General don Cornelio Saavedra, se cubrió de gloria al pacificar la Araucanía, entregando una valiosa región a la actividad nacional. Otro, don Diego de Almeyda, infatigable viajero, abrió nuevos horizontes recorriendo el velo de la fabulosa riqueza minera nortina, historiada por otro preclaro miembro de su familia, el gran escritor don Matías Rojas.

Pero lejos de envanecerlo tan distinguida progenie, sólo lo alentaba a continuar sin descanso su ilustre trayectoria.

No sorprende pues, que su fugaz paso por este mundo estuviera jalonado de servicios eminentes que sin lugar a dudas comprometen la gratitud nacional. Llamado a muy temprana edad a la carrera de las armas y siguiendo el ejemplo de sus mayores, fue conquistando posiciones a fuerza de empuje creador y espíritu de superación. Consciente de los adelantos de la ciencia militar, se orientó hacia la Ingeniería Militar.

Su clara inteligencia, sagacidad, natural don de mando, lealtad y discreción, lo destacaron por sobre su generación. Estas prendas morales no comunes movieron al entonces Comandante en Jefe del Ejército a llamarlo a su lado para que lo asesorara en un proyecto ambicioso para su época, pero de incalculables proyecciones para el destino geopolítico de Chile; la construcción de la Base O'Higgins en pleno continente antártico que haría realidad la hasta entonces teórica soberanía chilena en el Polo Sur. A despecho de un clima hostil y la natural falta de recursos para tareas de esta naturaleza, sin contar la tradicional indiferencia y la Asamblea, integrada por los más su misión con creces. De la nada absoluta levantó el que ahora es nuestro orgulloso bastión austral.

Su profunda versación técnica movió al Gobierno a designarlo para que defendiera ante la X Asamblea de la Unión Geodésica y Geofísica Internacional de Roma, la tesis chilena de la División de los Océanos Atlántico y Pacífico Sur, por el arco de las Antillas australes. Su brillante intervención formó conciencia y la samblea, integrada por los más destacados científicos del mundo, acordó dejar constancia de la ponencia, para emitir un fallo definitivo en un próximo evento. Si bien el tema tenía mero interés científico para la generalidad de los asistentes, para nosotros además revestía una trascendental repercusión política, pues ratificaba nuestros incuestionables derechos al Canal Beagle y a la napa de aguas hasta el Cabo San Diego.

No bien regresó al país, se le designó Delegado Jefe de la Comisión Chilena de Límites en momentos asaz difíciles. En tal carácter preparó solo, sin ayuda de nadie, la proposición de traza en la zona de Alto Palena, que debía ventilarse en el seno de la Comisión Mixta Chileno-Argentina.

Su documentado estudio borró, de una plumada, graves errores pasados. La delegación argentina no pudo técnicamente rectificarlo. Años más tarde, el Arbitro británico ratificó el planteamiento del General Saavedra.

Su brillante actuación decidió al Jefe del Estado a confiarle la Dirección del Instituto Geográfico Militar. Durante los 10 años que la dirigió, la Institución alcanzó una respetabilidad internacional.

Cargado de honores, se alejó de las filas con la conciencia del deber cumplido. En una institución de por sí recia, tuvo un corazón de padre con sus subalternos, al paso que mostró una altiva obediencia con sus superiores que respetaban sus decisiones que tenían una sola mira: la defensa insobornable de los intereses patrios.

Hombre dinámico y esforzado, no quiso acogerse al merecido descanso y en el retiro comenzó una nueva etapa: el ejer-

cicio de su profesión de ingeniero. Movido por un imperativo natural se incorporó con entusiasmo juvenil a la docencia. Durante cerca de seis años estuvo viajando, semanalmente, a la Universidad de Talca a dictar sus clases y dirigir la Carrera de Topografía. Pero, más que un catedrático, fue un maestro en el cabal sentido de la palabra. No sólo transmitía su enorme caudal de experiencia y conocimientos, sino que infundió a sus alumnos su calor humano, su generosidad sin límites y esa confianza en sí mismo, tan indispensable en la áspera lucha por la existencia.

El corazón del hombre y en especial del soldado está hecho a prueba de las naturales ingraticudes e incomprensiones que jalonan el camino de la vida. Estas veleidades, lejos de mellarlo, lo templan más aún. Pero hay golpes que no pueden resistirse porque tocan nuestros más caros amores. Y los trágicos y sucesivos desaparecimientos de su querida esposa y señora madre, fueron impactos que a la postre, seguramente, no pudo resistir el noble corazón del recio soldado que era el General Saavedra.

Si bien su inesperado y prematuro fallecimiento nos llena de dolor, nos consuela la certidumbre de que perdurará en sus obras. . .".